

El intelectual y la revolución

Contrapunteo cubano del nihilismo y el civismo

EN EL PRÓLOGO A LA EDICIÓN QUE CONMEMORA LOS treinta años de su libro *Fuera del juego*, Heberto Padilla dice que en la literatura cubana la «historia nunca ha sido vista como problema».¹ Aunque la afirmación prescinde de cualquier aduana, entiendo que Padilla se refiere al hecho de que casi todos los grandes escritores de la isla, incluso los más enredados en la trama de sus épocas, como José María Heredia, José Martí, Cirilo Villaverde o Nicolás Guillén, expresaron alguna vez el deseo de instalar sus poéticas literarias en un lugar ajeno, hostil o, por lo menos, contiguo a la Historia con hache mayúscula. En efecto, la utopía romántica de una literatura regida por leyes propias, que el modernismo difundió en Hispanoamérica y que animó la edificación de unas cuantas ciudades letradas a mediados del siglo XX (*Contemporáneos*, *Sur*, *Orígenes...*), se repite demasiado en la cultura cubana. Lo mismo en Europa que en América, esta visión autotélica de la Alta Literatura o del Gran Estilo, como prueba Claudio Magris en un libro indispensable, siempre ha sido portadora de los ecos nihilistas, melancólicos y decadentes de la última aristocracia occidental.²

La encontramos en los años románticos de José María Heredia en México, cuando, bajo una desilusión análoga a la de su héroe Simón Bolívar, escribe *de mi Patria los ojos un momento / atraje sobre mí... ¡Delirio insano!.../ de la vana ambición desengañado, / ya para siempre abjuro / el oropel costoso de*

Rafael Rojas

¹ Heberto Padilla, *Fuera del juego*. Miami: Ediciones Universal, 1998, p. 7.

² Claudio Magris, *El anillo de Clarisse. Tradición y nihilismo en la literatura moderna*. Barcelona. Península, 1993, pp. 73-98.

la gloria, / y prefiero vivir simple, olvidado, / de fama y crimen y furor seguro.³ Luego reaparece en otro poeta, Juan Clemente Zenea, víctima simultánea de los dos bandos políticos de su tiempo, quien en 1861 condensa la frustración del intelectual ante la historia en aquellos versos tan recordados: *Tengo el alma, ¡Señor!, adolorida / por unas penas que no tienen nombres, / y no me culpes, ¡No!, porque te pida / otra patria, otro siglo y otros hombres. / Que aquella edad con que soñé no asoma, / con mi país de promisión no acierto, / mis tiempos son los de la antigua Roma, / y mis hermanos con la Grecia han muerto.*⁴ Una similar desazón, que invierte el patriotismo en el reclamo de un hijo procaz, a su País, por ser tan ingrato, puede leerse también en poemas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana Borrero o Carlos Pío Urbach. La Borrero, por ejemplo, en el poema «Todavía», incluido en sus *Rimas*, hablaba del «blanco veneno del hastío» como una sustancia moral que paralizaba el espíritu.⁵ Pero nadie como Julián del Casal para expresar, en su poema «Nihilismo», esa sombría relación con la historia, elevándola, casi, al nivel de una ética de la indiferencia o del desdén de un sujeto que «nada ansía»: *amor, patria, familia, gloria, rango, / sueños de calurosa fantasía, / cual nelumbios abiertos entre el fango / sólo vivisteis en mi alma un día.*⁶

Al propio José Martí, quien dedicó más de la mitad de sus 42 años a la actividad política, se le hizo por momentos insoportable alternar la escritura de la poesía con la fundación de un Estado. Es la fatiga, la «angustia» de aquel invierno de 1889 que lo empuja a huir de Nueva York, refugiarse en los montes de Catskill —«donde corren arroyos, se cierran las nubes o a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores»— y escribir de un tirón sus *Versos Sencillos*.⁷ Martí, el intelectual público por antonomasia de la historia de Cuba, es ese extraño político que desea que lleguen «los días buenos, del trabajo después de la redención..., días de buena fe para evitar el exceso de política...» y que admite, incluso, que «la política es una profesión enojosa», de la que, a veces, se «puede desertar».⁸ Ese raro estadista, que si bien nunca contrapone poesía e historia a la manera casaliana, es capaz de afirmar que «vivir en el destierro», entre conspiración y cabildeo, oratoria y periodismo, es como «tallar en nubes». Frase que ha salvado recientemente Orlando González Esteva de los *Cuadernos de Apuntes* de Martí y que recuerda aquella otra de Simón Bolívar, cuando decía que fundar repúblicas en Hispanoamérica era como «arar en el mar».⁹ Aunque creo que hay una afirmación que capta con más

³ José María Heredia, *Niágara y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 92.

⁴ Juan Clemente Zenea, *Poesías*. La Habana: Instituto de Literatura y Lingüística, 1966, pp. 265-266.

⁵ Juana Borrero, *Rimas*. La Habana: Imprenta Tipográfica «La Constancia», 1895, pp. 7-8.

⁶ Julián del Casal, *Selección de poesías*. La Habana: Cultural S.A., 1931, p. 95.

⁷ José Martí, *Poesía completa*. México UNAM, 1998, p. 227.

⁸ José Martí, *Obras Completas*. La Habana: Editorial Lex, 1953, Vol. I, pp. 389 y 425.

⁹ José Martí, *Tallar en nubes*. México: Editorial Aldus, 1999, p. 13.

elocuencia el mítico desencanto del Libertador: «no hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía; y la vida un tormento».¹⁰

Durante la primera República (1902-1933) el nihilismo se arraigó en las principales poéticas literarias. Basta una ojeada a la correspondencia entre Regino Boti y José Manuel Poveda, los dos poetas cardinales del postmodernismo cubano, para encontrar aterradores testimonios de la repulsión con que el intelectual se asomaba al terreno político. En enero de 1914, por ejemplo, Boti le escribía a Poveda: «nada hay más asqueante que la política cubana... José Miguel (Gómez) es un ladrón y (Mario García) Menocal un idiota. (Alfredo) Zayas un cero a la izquierda. Un horror... Le confieso una vez más que le tengo asco a mi país y a sus hombres públicos y a todos los organismos oficiales. Le huyo a tanta infección».¹¹ Es cierto que hacia 1923 se produce una reanimación del civismo, con el Grupo Minorista y la literalmente llamada Junta Nacional de Renovación Cívica, que encabezó Fernando Ortiz, dos instituciones que, junto a la Asociación de Veteranos y Patriotas, promoverían desde la sociedad civil las nuevas políticas intelectuales que, pocos años después, cristalizarán en la *Revista de Avance* y el movimiento antiautoritario contra la dictadura de Gerardo Machado. Pero incluso entre poetas tan inmersos en aquella Revolución de los 30, como Agustín Acosta, Rubén Martínez Villena, José Zacarías Tallet y Nicolás Guillén, reaparecía la inveterada zozobra de la cultura cubana ante la política. En el poema «El Gigante» del espléndido cuaderno *La pupila insomne* de Martínez Villena, por ejemplo, latía la pregunta desesperada: «¿qué hago yo aquí donde no hay nada grande que hacer?».¹² Y hasta Nicolás Guillén, arquetipo del poeta nacionalista que reacciona contra la norteamericanización de la isla, llega a escribir en 1947: *Mi patria es dulce por fuera, / y muy amarga por dentro; / mi patria es dulce por fuera, / con su verde primavera, / y un sol de hiel en el centro*.¹³ Versos que hacen evocar, una vez más, aquellos otros del *Himno del desterrado* de Heredia: ¡*Dulce Cuba! en tu seno se miran / En su grado más alto y profundo, / La belleza del físico mundo, / Los horrores del mundo moral*.¹⁴

En las dos últimas décadas prerrevolucionarias, luego del entusiasmo suscitado por la Constitución de 1940 y el renacimiento de la República, la frustración política de los intelectuales alcanzó los enunciados más sombríos. En 1943, Virgilio Piñera le cantaba a la «noche antillana», que es *un insulto perfumado en la mejilla de la bestia; / una noche esterilizada, una noche sin almas en pena, / sin memoria, sin historia*...¹⁵ Al año siguiente surgirá la revista *Orígenes* (1944-56),

¹⁰ Simón Bolívar, *Discursos, proclamas y epistolario político*. Madrid: Editora Nacional, 1981, pp. 350-351.

¹¹ *Epistolario Boti-Poveda*. La Habana. Editorial Arte y Literatura, 1977, p. 248.

¹² Cintio Vitier, *Cincuenta años de la poesía cubana*. La Habana: Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, 1952, p. 117.

¹³ Nicolás Guillén, *Obra Poética*. México, Universidad de Guadalajara, 1978, t. I, p. 204.

¹⁴ José María Heredia, *Niágara y otros textos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 70.

¹⁵ Virgilio Piñera, México: CONACULTA, 1994, p. 56.

un ambicioso proyecto cultural, emprendido, al margen del Estado, por un grupo selecto de poetas. En esa publicación, que acoge el pensamiento y la escritura poéticas más refinados que se hayan producido en Cuba, aparecerá una serie de artículos de su director, José Lezama Lima, en la sección «Señales», que resumen la percepción de la política cubana que tenía aquel grupo. Casi siempre se cita el artículo «La otra desintegración», en el que Lezama critica la «falta de imaginación estatal» que ostentan los gobiernos auténticos y sugiere que el remedio deberá «brotar de la creación y de la imagen», ya que «un país frustrado en lo esencial político, puede alcanzar virtudes y expresiones por otros cotos de mayor realeza». ¹⁶ Pero ahora me gustaría citar otra de aquellas «Señales», la titulada «Emigración artística», publicada en el otoño de 1947, en la que Lezama lamenta el éxodo de tantos jóvenes intelectuales, un síntoma que, a su entender, revela «la marcha hacia la desintegración nacional» que experimenta la cultura cubana. Contra la evidencia de tal diseminación republicana se moviliza, entonces, una política del espíritu, alentada por un decadente imaginario aristocrático: «pero ha existido siempre entre nosotros una médula muy por encima de la otra desintegrada. Existe entre nosotros otra suerte de política, otra suerte de regir la ciudad de una manera profunda y secreta». ¹⁷

Esa «otra política», esa «otra manera de regir la ciudad» no es más que la poesía misma. Así como Lezama, en su sistema poético, contraponía la Imagen o la Metáfora a la Historia, en su estrategia intelectual, que era en buena medida la del grupo Orígenes, enfrentaba la Poesía a la Política. Es notable cómo los poetas más jóvenes del grupo, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Octavio Smith... asumieron en sus poéticas esa misma contraposición, aunque en el lugar de la Metáfora o la Imago lezamianas colocaron a la Memoria. Sobre todo en la poesía de Eliseo Diego y Fina García Marruz se observa claramente que las nociones del tiempo nacional provienen más de un recuerdo íntimo que de un discernimiento histórico. La mejor exposición filosófica de esta antinomia Memoria-Historia se encuentra en la primera parte de la *Poética* de Cintio Vitier, titulada «Mnemosyne», cuyas referencias doctrinales provienen de la tradición platónica y cristiana que asocia la sabiduría y el verbo a la evocación o reminiscencia de ideas innatas. Aquí la temporalidad histórica, la de los «hechos sucesivos», como le llama Vitier, se presenta como una dimensión maligna que sólo puede ser trascendida por medio del recuerdo poético. ¹⁸ Nunca antes en la literatura cubana se había llegado a una figuración metafísica de la historia, en tanto lugar de incertidumbre, zozobra y maldad, como la que articulan las poéticas del grupo Orígenes.

Advierto que, a partir de una insinuación de Padilla, he ilustrado únicamente la tensa relación de los poetas con la historia y la política, sin recurrir a

¹⁶ Orígenes. *Revista de arte y literatura*. Edición Facsimilar. México: El Equilibrista, 1989, vol. IV, pp. 60-61.

¹⁷ Orígenes. *Revista de Arte y Literatura*. Edición Facsimilar. México: El Equilibrista, 1989, pp. 156-157.

¹⁸ Cintio Vitier, *Poética*. Madrid: Colección: Aguariabay de Poesía, 1973, pp. 9-10.

ejemplos similares en la narrativa o el ensayo. El descuido tal vez se deba a que en Cuba, como en muchos países hispanoamericanos, los poetas son los educadores sentimentales de los prosistas. Pero, en todo caso, sería sencillo antologar los escrúpulos del intelectual cubano ante su historia y su política con fragmentos de las novelas *La conjura* (1909) de Jesús Castellanos, *Generales y doctores* (1920) de Carlos Loveira, *Ciénaga* (1937) de Luis Felipe Rodríguez o *El acoso* (1956) de Alejo Carpentier y con pasajes de los libros de ensayos *Entre cubanos* (1910) de Fernando Ortiz, *La crisis del patriotismo* (1929) de Alberto Lamar Schweyer, *Historia y estilo* (1944) de Jorge Mañach o *La luz del imposible* (1957) de Cintio Vitier. El desprecio por la política republicana que transmiten estas obras fue la herencia discursiva que recibió la última generación prerrevolucionaria, la de los 50: tal vez, la generación más nihilista de la historia intelectual cubana. Es cierto que aquella década había comenzado con una institución cultural y cívicamente muy renovadora y de origen extrapartidario: la Sociedad Nuestro Tiempo. Pero en pocos años, cuando arreció la dictadura de Batista, ese grupo perdió eficacia, quedando demasiado circunscrito al Partido Socialista Popular, además de que muchos de sus miembros más jóvenes se exiliaron y algunos pocos pasaron a la clandestinidad.¹⁹

La retirada de lo político que vive el campo intelectual cubano a mediados de los 50 se condensa en la revista *Ciclón*, editada por José Rodríguez Feo y Virgilio Piñera entre 1955 y 1957. La revuelta moral de aquella publicación contra el provincianismo literario y la mojigatería católica de las élites burguesas, probada en el acercamiento al surrealismo, el existencialismo, el psicoanálisis, la fenomenología, la metafísica humanista de la postguerra... y hasta en la defensa abierta de la homosexualidad, contrasta con su desidia o frivolidad ante los problemas políticos nacionales.²⁰ Siempre me ha llamado la atención que en esa revista, donde Virgilio Piñera publica una nota sobre el estremecedor libro *El pensamiento cautivo* de Czeslaw Milosz, con el equívoco argumento de que en las democracias occidentales existe la misma «voluntad de muerte» que en el «terror rojo» de Stalin o en el «terror nazi» de Hitler —ya que lo importante, según Piñera, no «es si Milosz tiene razón o si los comunistas mismos la tienen o no», sino el hecho de que esa «voluntad de matar» es consustancial a la cultura cristiana— nunca haya aparecido un texto que reaccionara, al menos alegóricamente o desde las claves indirectas del pasado, contra la dictadura de Fulgencio Batista y la destrucción de la República.²¹ Se me dirá que un texto así no podía aparecer en *Ciclón* porque sus editores no querían arriesgar la vida de la revista en un medio suspicaz y crispado. Pero es que hubo revistas mucho más peligrosas políticamente, como *Nuestro Tiempo*, *Magazine de Hoy* y hasta la propia *Bohemia*, que circularon sin mayores dificultades en

¹⁹ *Revista Nuestro Tiempo*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1989, pp. 5-8. Ver también Carlos Franqui, *Retrato de familia con Fidel*. Barcelona: Seix Barral, 1981, pp. 2-12.

²⁰ Ver Victor Fowler, *Rupturas y homenajes*. La Habana: Ediciones Unión, 1998, pp. 142-155.

²¹ Virgilio Piñera, *Poesía y crítica*. México. CONACULTA, 1994, pp. 271-274.

aquellos años. Un texto que atisbara, siquiera oblicuamente, la política cubana era inconcebible en *Ciclón* porque sus editores estaban convencidos de que la Política misma e, incluso, la historia cubana eran territorios vulgares y sucios en los que no debían contaminarse las «altas funciones del espíritu».

No quiero, con este breve recuento de la altivez intelectual, negar que en la historia de la cultura cubana haya habido escritores públicos. José Antonio Ramos, Fernando Ortiz, Ramiro Guerra, Manuel Márquez Sterling, Jorge Mañach, Francisco Ichaso y Herminio Portell Vilá lo fueron. Pero entre todos ellos, los dos más refinados, los más cercanos a nuestra inconstante versión del Gran Estilo, Ortiz y Mañach, siempre oscilaron entre civismo y nihilismo. De 1917 a 1927 Ortiz fue diputado a la Cámara de Representantes por el Partido Liberal, el mismo de Juan Gualberto Gómez y Alfredo Zayas, donde promovió las reformas expuestas en sus decisivos ensayos *La crisis política cubana; sus causas y remedios* (1919) y *La decadencia cubana* (1923).²² Después de diez años de ésa que llamó su «militancia en políticas banderizas», Ortiz, desilusionado, abandonó para siempre la arena de los partidos y se entregó a la investigación antropológica, una actividad que, en sus palabras, le hacía más llevadera su «perenne inconformidad».²³ Mañach experimentó un desencanto similar, en los años 40, luego de las dos décadas de participación cívica y política que van desde la Protesta de los Trece, el Grupo Minorista y la *Revista de Avance* hasta el ABC, el Ministerio de Educación, en 1934, bajo la presidencia de Mendieta, y la Asamblea Constituyente de 1940. En 1944, el mismo Jorge Mañach que quince años atrás protestaba contra la «crisis de ilusión» que aquejaba al intelectual y exhortaba a «entrar en lo político» sostenía que en Cuba el nacionalismo republicano había fracasado y que la isla era «un conato de Estado en una patria sin nación».²⁴

El vaivén entre ilusión y desencanto, que produce tantas imágenes de naufragio y vacío ante la política republicana, es el legado moral que recibe la generación de los 50. Escritores como Guillermo Cabrera Infante y Severo Sarduy, Heberto Padilla y Roberto Fernández Retamar, Antón Arrufat y Pablo Armando Fernández, Lisandro Otero y Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet y César López heredaron ese viejo escrúpulo romántico, que asociaba la política con la inmundicia, y lo fusionaron con los nuevos vanguardismos literarios de la segunda postguerra.²⁵ Esta mezcla de escepticismo ideológico e innovación formal es la que genera el desencuentro entre los intelectuales y los políticos de aquella generación, cuyo contraste con las élites híbridas que

²² Mario Riera Hernández, *Cuba política (1898-1955)*. La Habana: Impresora Modelo, 1955, pp. 258 y 271; Julio Le Riverend, *Órbita de Fernando Ortiz*. La Habana: UNEAC, 1973, pp. 24-29, 69-80 y 99-119.

²³ Fernando Ortiz, *Etnia y sociedad*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1993, p. XXI.

²⁴ Jorge Mañach, *Pasado vigente*. Madrid. Trópico, 1999, p. 11; *Historia y estilo*. Miami: Editorial Cubana, 1994, p. 64.

²⁵ Ver el acápite «El prejuicio contra la política» en Hannah Arendt, *¿Qué es la política?* Barcelona. Paidós, 1997, pp. 49-51.

protagonizaron la Revolución de 1933 ha sido tan resaltado.²⁶ Sólo a partir de la larga incubación del nihilismo y de la ausencia de un imaginario cívico puede explicarse la entrega mística de aquellos intelectuales a ese orden revolucionario que se construyó, al vapor, entre 1959 y 1961. El hechizo de la revolución castrista fue tan apabullante que hasta escritores bien plantados en sus creencias, como Fernando Ortiz y José Lezama Lima, dejaron testimonios de aquel arrobamiento. En noviembre de 1959, Ortiz incluyó una nota en su prólogo a la *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, en la que presentaba a la Revolución como «el triunfo de un largo empeño justiciero» y «la victoria contra los mismísimos demonios».²⁷ Lezama, por su lado, escribirá en enero de 1960 la más hermosa apología del naciente totalitarismo cubano: «la Revolución significa que todos los conjuros negativos han sido decapitados. El anillo caído en el estanque, como en las antiguas mitologías, ha sido reencontrado. Comenzamos a vivir nuestros hechizos y el reinado de la imagen se entreabre en un tiempo absoluto. Cuando el pueblo está habitado por una imagen viviente, el Estado alcanza su figura».²⁸

Es curioso que ambos escritores, Ortiz y Lezama, percibieran la Revolución como un exorcismo o como un conjuro que desvanecía viejas creencias con nuevas verdades que muy pronto, y ante sus ojos horrorizados, se convertirían en nuevos mitos y nuevos ideogramas. El propio Jean Paul Sartre, defensor entonces del arquetipo de un intelectual revolucionario, pareció reaccionar sutilmente contra aquel embeleso de los escritores cubanos al hacer, con una lucidez que enfriaba el carnaval guerrillero de 1960, la siguiente advertencia: «no olviden que los intelectuales no son felices en ninguna parte», y luego recordar, a propósito de la connivencia de Heidegger con el nazismo, que el verdadero compromiso era «con la palabra y también con el silencio».²⁹ Pero la mayoría de los intelectuales cubanos no leyó entre las líneas del discurso de Sartre y se dejó arrastrar por ese frenesí que, más que un conjuro o exorcismo, era una expiación colectiva: la expiación de la culpa del nihilismo, de la apatía, del frívolo y provinciano simulacro de cosmopolitismo, de la ausencia inveterada de vocación cívica. Descubierta en su complejo de culpa frente a un joven poder que, a su vez, estaba envanecido por una popularidad arrolladora, el intelectual cubano se propuso, como quería Marx, cambiar su rol de educador por el de quien es educado. En esa entrega perversa sus servicios fueron asumidos, desde los primeros años, como una penitencia o un sacrificio y no como una contribución espiritual al nuevo régimen.

Tal autopedagogía revolucionaria y su virtual imposibilidad no sólo se reflejaron en algunas novelas emblemáticas de los 60, como *La situación* de

²⁶ Lisandro Otero, *Llover sobre mojado. Memorias de un intelectual cubano. 1957-1997*. México: Planeta, 1999, pp. 28-29.

²⁷ Fernando Ortiz, *Historia de una pelea cubana contra los demonios*. Madrid: Ediciones Erre, 1973, p. XIII.

²⁸ José Lezama Lima, *Confluencias*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1988, p. 399.

²⁹ Jean Paul Sartre, *Sartre visita Cuba*. La Habana: Ediciones R, 1961, pp. 23 y 54.

Lisandro Otero o *Memorias del subdesarrollo* de Edmundo Desnoes, sino que desembocaron, con violencia, en la percepción humillante que de ellas se hicieron los políticos profesionales. Cuando el *Che* Guevara afirmaba que el «pecado original de los artistas residía en que no eran auténticamente revolucionarios» y proponía «injertar el olmo para que diera peras» y hasta recomendaba, en flagrante eugenesia comunista, «impedir» que aquella generación «pervirtiera a las nuevas», o cuando Fidel Castro los inducía a una catarsis en la Biblioteca Nacional para confirmar, una vez más, que aquellas criaturas eran débiles e inferiores por dubitativas y demasiado escrupulosas, y, finalmente, clausurar el debate con una máxima de absoluta discrecionalidad, «dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada», ambos políticos no hacían otra cosa que humillar a un actor en el límite moral de su subjetividad, dispuesto a soportar cualquier castigo a cambio de la equívoca gloria de ser considerado un «buen revolucionario». ³⁰ Todo el despotismo que la nueva élite del poder ejerció sobre los escritores y artistas cubanos, desde la clausura de *Lunes de Revolución*, en 1961, hasta el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, una década después, estuvo basado en la infernal y persistente dialéctica entre el apoliticismo de los intelectuales y el antiintelectualismo de los políticos. ³¹

A todas luces, parece evidente que esa tradición nihilista, difundida por la metafísica occidental de fines del XIX, es una de las raíces ideológicas de los regímenes totalitarios del siglo XX. ³² Según Nietzsche ese hallazgo de un «sin-sentido del acontecer» o de una irracionalidad de la historia era producto de la decadencia del cristianismo y según Weber uno de los síntomas de la secularización moderna. ³³ En las antípodas de aquella figura del intelectual comprometido, que defendiera Sartre y que, a pesar de su apoteósica visita, muy pronto fuera desplazada, en la política cultural cubana, por la figura del «intelectual como arma de la revolución», Albert Camus defendió el ideal del «escritor rebelde». En Alemania e Italia, en Rusia y Europa del Este, Camus observó el mismo fenómeno: la metamorfosis de los nihilistas en revolucionarios. De ahí su aterradora advertencia: «la revolución, obedeciendo al nihilismo, se ha vuelto, en efecto, contra sus orígenes rebeldes... Los nihilistas están actualmente en el poder». ³⁴ Pero para Camus, la rebelión, a diferencia de la revolución, no era un trance destructivo, sino un movimiento moral inspirado en la generosidad y la templanza, en la erótica y la fecundidad. Oigamos, una vez más, aquellas palabras del autor de *El exilio y el reino* que, aunque escritas

³⁰ Ernesto Che Guevara, *El socialismo y el hombre en Cuba*. México: Editorial Grijalbo, 1971, p. 118.

³¹ Norberto Bobbio, *La elección y la duda. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós, 1998, pp. 72-74.

³² Gillian Rose, *Dialéctica del nihilismo. La idea de la ley en el pensamiento postestructuralista*. México: FCE, 1989, pp. 11-16.

³³ Friedrich Nietzsche, *El nihilismo. Escritos póstumos*. Barcelona. Península, 1998, pp. 30-34.

³⁴ Albert Camus, *El hombre rebelde*. Buenos Aires. Editorial Losada, 1998, p. 229.

en la primavera de 1953 en París, parecían dirigidas a los jóvenes revolucionarios cubanos: «la revolución sin honor, la revolución del cálculo, que, prefiriendo un hombre abstracto al hombre de carne, niega al ser todas las veces que es necesario, pone justamente al resentimiento en el lugar del amor... Entonces, cuando la revolución, en nombre del poder y de la historia, se convierte en ese mecanismo mortífero y desmesurado, se hace sagrada una nueva rebelión en nombre de la medida y de la vida». ³⁵ A inicios del siglo XXI Cuba ya es escenario de muchas de esas rebeliones cívicas, diminutas, imperceptibles, casi íntimas, contra una Revolución secretamente inspirada en la Nada.

³⁵ *Ibid*, pp. 281-282.



Aquarium I (1997)